

LA FE QUE DIALOGA CON LA LITERATURA¹

RESUMEN

La A. plantea una respuesta para dos interrogantes que puede suscitar la experiencia del diálogo entre literatura y teología, a saber: ¿Qué novedad representa para la fe hecha discurso teológico el diálogo con la literatura? ¿Qué novedad se desvela en la literatura cuando entra en diálogo con la teología?

Mientras la literatura es expresión humana que busca traducir en una forma la experiencia estética realizada en contacto con la fuente originante de la palabra, la teología, por su parte, busca traducir en una forma la experiencia de pensar el misterio del Dios revelado en la historia

Palabras clave: Diálogo, Teología, novedad, misterio

ABSTRACT

The A. searches for an answer for two questions arising from dialog between literature and theology: a) what novelty does literature mean for faith, understood as theological discourse? b) what novelty is unveiled in literature by means of dialog with theology?

While literature is a human expression, which intends to translate into a form the aesthetic experience flowing from the original source of words, theology intends to translate into a form the experience of thinking God's mystery as revealed in history.

Key words: Dialog, theology, novelty, mystery

1. Este texto fue leído por la autora en la Feria del Libro (Buenos Aires, 29 de abril de 2004) en el marco del Panel sobre el tema "La fe que dialoga", organizado por la Facultad de Teología.

1. Supuestos dialógicos y planteo

Todo diálogo sincero supone la acción de dos sujetos que, reconociendo el límite de su perspectiva individual, confían en que puede haber al menos algo de verdad en el punto de vista del otro. Sin embargo, este *primer movimiento negativo de renuncia y salida de sí hacia el otro* no resulta suficiente para que se produzca el fenómeno dialógico, sino que es necesario que se dé un *segundo movimiento positivo* que consiste en que ambos sujetos coincidan en *orientar la mirada hacia el encuentro con la verdad*.

Este *segundo movimiento de apertura conjunta hacia un tercer polo* es el que realmente permite el corrimiento de los velos de la verdad. Esto supone por parte de los sujetos: *confianza* en la existencia objetiva de una verdad que los engloba y supera y *libertad* en la decisión de recibir esta verdad, comprenderla y darle forma en la interioridad del nuevo espacio que se ha generado: el *encuentro* en sí mismo.

Con el encuentro llegamos al *tercer movimiento* que consiste en *emergencia de lo nuevo*. Esto sucede cuando el diálogo se convierte para ambos sujetos en una experiencia existencial en la que acontece el pensar. Esta novedad consiste en la aparición de un desbordamiento de sentido que los sujetos traducirán en una *palabra significativa*. Se alcanza entonces la fase final del fenómeno dialógico: el *nombrar* que es fruto de la percepción, comprensión e interpretación de una verdad operante y transformadora.

Supuestos los tres momentos descriptos –reconocimiento de los límites recíprocos y consiguiente salida de sí hacia el otro, apertura hacia la verdad y nombramiento de lo nuevo–, plantearé e intentaré esbozar una respuesta para dos interrogantes que puede suscitar la lectura de la experiencia del diálogo entre literatura y teología que ha sido recogida en el libro *Letra y Espíritu* que estamos presentando, a saber: ¿Qué novedad representa para la fe hecha discurso teológico el diálogo con la literatura? ¿Qué novedad se desvela en la literatura cuando entra en diálogo con la teología?

2. La emergencia de una forma nueva

Si el punto de llegada del proceso dialógico es la configuración de un lenguaje que exprese la verdad lógica y existencial vislumbrada en el encuentro, el centro de la respuesta girará en torno a los perfiles de esta palabra nueva que el diálogo entre literatura y teología aquí realizado ha hecho emerger. Y digo “ha hecho” porque no debemos perder de vista el carácter testimonial del contenido del libro al que nos estamos refiriendo.

El camino recorrido y hecho palabra en estas páginas demuestra que literatura y teología representan dos modos de decir lo originario en una forma: mientras la literatura es expresión humana que busca traducir en una forma la experiencia estética realizada en contacto con la fuente originante de la palabra, la teología, por su parte, busca traducir en una forma la experiencia de pensar el misterio del Dios revelado en la historia. De esto se sigue que literatura y teología comparten el estar atravesadas en su génesis por la misma paradoja: decir lo absoluto e incommensurable en una forma concreta y perecedera: *la palabra humana*. De este encuentro entre literatura y teología en la *forma-palabra* se deriva el perfil del proceso dialógico llevado a cabo en este libro, cuyo trazado es ciertamente deudor del pensamiento de Hans Urs von Balthasar.

La primera novedad fue el descubrimiento de la presencia de la *dimensión estética* como constitutiva de la palabra teológica y literaria. Así pues, el primero de los frutos del diálogo realizado fue la constatación de que ambos lenguajes son el resultado de un proceso paralelo de traducción de lo infinito e inapresable en una forma finita en la que el modo de decir y lo que se dice están inseparablemente unidos. Ambos discursos están llamados a expresar en una forma histórica delimitada la experiencia de la percepción de la inagotabilidad insondable de lo dado gratuitamente. Proceso estético, decimos, porque parte del asombro y el éxtasis ante lo desmesurado e inabarcable, pero sobre todo porque el desafío de ambos lenguajes consiste en el hecho de que dicha experiencia debe concretarse en una forma que irradie y presentifique el misterio de lo perdurable en un instante histórico y singular. Esta génesis de la palabra literaria y teológica condiciona a su vez la recepción del lector, el cual deberá poseer una sensibilidad estética que sintonice con el objeto sea éste literario o teológico. A una primera mirada resulta evidente que en esta primera novedad el aporte es de la literatura para con la teología. Sin embargo, la experiencia aquí testimoniada muestra que la luz arrojada desde la

literatura hacia la teología es refractada por ésta hacia aquélla en un movimiento de retorno en el que, al descubrir su constitutiva forma estética, la forma de la revelación le devuelve a la literatura la novedad de que el fundamento último de su forma es la forma de la persona de Jesucristo, palabra primera y fuente de toda forma, con lo cual la forma literaria encuentra en la forma teológica la posibilidad de abrirse a la profundidad dinámica de su origen trinitario que no es otro sino el amor revelado en el drama pascual. En este punto la forma literaria reasume de modo renovado la deformidad, la fealdad, el dolor y la muerte como escenificaciones del drama humano. En la muerte del Hijo de Dios todas nuestras muertes han sido asumidas. En la deformidad de su rostro, todas nuestras deformidades han sido cargadas y transfiguradas. De modo que todo el dolor y el gozo expresados en la forma literaria encuentran su sentido último en la forma del drama divino de la que trata la teología.

De la estética pasamos así al segundo estadio de esta forma-palabra: la *dimensión dramática*. Dado que ambos lenguajes –el literario y el teológico– surgen en el cruce de las coordenadas tiempo y eternidad, fragmento y totalidad, finito e infinito, ambos se encuentran signados por una lucha dramática que consiste en una opción por la aceptación o el rechazo de lo dado. En este drama, que atañe tanto a la gestación de la palabra teológica y a la literaria como a la percepción y posterior interpretación que el lector-receptor realiza de la misma, juega un papel preponderante la *libertad* y la consecuente *decisión de dejarse afectar por la forma*, lo cual opera una metamorfosis de la existencia. Los contenidos implicados en esta transformación variarán de acuerdo con la índole de la palabra recibida. La forma literaria nos sumerge en el conocimiento de las profundidades de lo humano poniendo al descubierto su necesidad de salvación y redención, la cual se manifiesta como un anhelo que no puede encontrar un cumplimiento acabado desde la mera perspectiva humana. Este anhelo de redención halla su consumación en la forma teológica cuando ésta es recibida como algo dado libre y gratuitamente por Dios. Sin embargo, la percepción y recepción de la misma requiere un vaciamiento y disposición del sujeto para dejarse transformar evitando de este modo su reducción a una forma vacía de vida y de sentido existencial. La experiencia literaria, cuando es vivida en la coordenada dramática, contribuye a gestar esta disposición.

Desde el centro de este drama es pronunciada finalmente una *palabra significativa* para la historia del hombre y del mundo. Llegamos así a

la *dimensión lógica*, es decir, al alumbramiento propiamente dicho de una palabra plena de sentido y existencia en la que “letra y espíritu” se funden en una unidad que adquiere poder de acción efectiva y real. Entonces, la palabra teológica queda enriquecida por el drama como anhelo y búsqueda de sentido y verdad que la literatura le ha hecho presente, y la palabra literaria descubre que la fuente de su poder no radica en sí misma sino en la profundidad del misterio teológico que es el fundamento último de su decir. Ambas palabras se reconocen entonces como palabras creadoras y por tanto forjadoras de nuevos lenguajes, que promueven el crecimiento de hombres creativos que receptan, comprenden y transfiguran con su *decir dialógico* el curso de la historia del mundo.

De este modo, el *diálogo* entre literatura y teología aquí realizado abre el horizonte hacia una *forma de pensar*, en el que la *letra* de la *forma finita* y el *espíritu* de la *forma infinita* se entrecruzan dinámicamente, dando lugar a la posibilidad de extender la aplicación de sus resultados a otros encuentros interdisciplinarios en los que el decir humano sea considerado como fruto de la acción de una forma dramática.

CECILIA AVENATTI DE PALUMBO

29/04/04